

LA BALLENA

Aldo Berríos



© La Ballena
Sello: Tricéfalo
Primera edición, Octubre 2020
© Aldo Berríos 2020

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Portada: Diego Frías
Corrección de textos: Jockán Zafra
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: A-281641
ISBN: 978-956-6021-42-1

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

Para M & M.

*Este camino
ya nadie lo recorre
salvo el crepúsculo.*
Matsuo Bashō

I

La llegada al bosque

La soledad es la peor adicción de esta época. Nos infecta, corroe y lentamente se va devorando nuestras entrañas. Solo los dioses pueden beber este néctar sin llegar a sucumbir. Lo digo con conocimiento de causa, ya que el aislamiento también me ha seducido con sus promesas, ofreciéndome plenitud y descanso, para luego dejarme caer en un abismo que carece de imágenes lúcidas. Allá donde el mundo se vuelve un lugar espantoso, repleto de fantasmas.

Por mucho que nos cueste asumirlo, todos tenemos a la tristeza alojada en el corazón: un espejo desfigurado que reposa en el fondo del alma, una lámina de cristal revestida por algo que pesa.

Cuánto pesa.

Algunos de nosotros, especialmente los que hemos sufrido el azote de la vida, nos terminamos adaptando al vacío. Dormimos más de la cuenta porque nos creemos apartados del resto, tallando el espíritu hasta que solo le quedan los huesos.

Sin embargo, no puedo evitar preguntarme cuántas personas se habrán extraviado en el camino, cuán-

tos deambularán a paso lento, guiándose apenas por el rumor del gentío, pareciendo relativamente normales a pesar de sentirse así. Como sombras. Como muertos en vida.

El precio de semejante ignorancia es vivir siempre con miedo.

He viajado a través del mundo para ponerme en contacto con la muerte, pues me falta mucho por aprender de ella. Reconozco que a mis cuarenta años ya estoy acostumbrado a desenterrar verdades a medias.

Actualmente me encuentro en Japón, más precisamente en la prefectura de Yamanashi. Voy saliendo de un hotel llamado *Fruit Park Fujiya*, y espero con ansias lo que sigue en mi itinerario. Llevo una botella de *whisky* japonés en el bolsillo de mi chaqueta. El periódico para el que trabajo me envió a hacer un reportaje cerca del monte Fuji. Admito que me eligieron porque soy un *hāfu*, es decir, un mestizo entre asiático y occidental. Si supieran lo que eso conlleva, de seguro le hubiesen encargado esta tarea a alguien más. Mi sangre está sucia, pues se supone que todavía no encuentro mi lugar en el mundo.

Sea como sea, mi viaje termina en un lúgubre bosque conocido como Aokigahara. El mar de árboles, el bosque de los suicidas. Cada año se pierden y mueren más de cincuenta personas en su interior. El turismo se ha limitado a algunas zonas vigiladas, aunque eso no me preocupa ni me complica. Yo no he venido a pasear. Tengo la burda intención de comprender lo que sucede con la gente que se quita la vida.

Al menos eso me digo.

Según la información oficial, Japón ocupa el tercer lugar de suicidios en el mundo. Incluso le tienen un nombre a la muerte solitaria —*kodokushi*—, y que básicamente se refiere a aquellas personas retraídas que fallecen sin que nadie lo sepa, abrazándose a la tranquilidad del hogar.

La oscura fama de Aokigahara se remonta a los años sesenta, cuando fue publicada la novela *Kuroi Jukai*, de Seicho Matsumoto, libro en donde un enamorado describe su inmolación junto a su amada, desencadenando

toda una oleada de admiradores que también consideraban el sacrificio como una obra de arte envuelta en sí misma.

Si bien yo me niego a creer que un mero relato sea el causante de tanta amargura, después de leer una bellísima antología de Akutagawa, Mishima y Tanizaki tiendo a dudar. La sangre seca se adhiere a la piel y el algodón con la misma facilidad, formando costras que se cierran entre la carne y la ropa como si fueran una sola capa. Nunca he sabido si uno se empeña en buscar cosas tristes, o si ellas te encuentran a medida que ahondas en lo desconocido.

Al bajar por una escalera revestida con una alfombra de color rojo vino, deslizo una mano por el barandal de madera, contemplando en todo momento una lámpara de lágrimas. El chofer me saluda con una reverencia, doblando el cuerpo y pidiéndome que le entregue mi equipaje para que no nos atrasemos. Me gusta esa sensación de urgencia. Me despabila. Y eso que el desayuno ha quedado intacto sobre la cama, pues ni siquiera pude beberme ese repugnante té japonés que la gente tanto celebra.

En el vestíbulo —mucho más sencillo que el resto del hotel, simplemente adornado con un puñado de camelias— la recepcionista se queda mirándome con una cara extraña, como si hubiese asaltado el pequeño refrigerador de mi pieza o algo por el estilo. Mis dedos se mueven por turnos, formando un oleaje inquieto antes de llegar al taxi, un automóvil de color negro y líneas sobrias que nos espera a la salida. Junto a él hay una fuente de agua y nueve vasijas.

El motor me recibe con tibieza, desprendiendo una cortina de vapor que se me hace agradable. Sin embargo, el chofer tiene la mirada perdida en el horizonte. Después de sentarme a su lado, noto que observa el monte Fuji, que incluso en la lejanía deslumbra con su impresionante belleza: la punta del monte está teñida de blanco, con líneas nevadas que llegan hasta la mitad de su falda; luego el reflejo del sol hace un corte y la imagen se repite contra el manto de un lago. Ahora mismo estoy frente al

volcán más alto de Japón, un ícono con tremenda presencia y significado, que se levanta por sobre los almendros y cerezos en flor.

—Qué vergüenza —comenta el chofer, refiriéndose a una hilera de ciruelos que se encuentra a nuestra izquierda.

Entonces recuerdo que los ciruelos son de origen chino.

«Si alguien te pregunta por el corazón japonés, ¡muéstrale las flores del cerezo brillando frente al sol de la mañana!», escribió una vez un poeta.

Según tengo entendido —y gracias a mis apuntes—, frente a las casas de los samuráis solía plantarse un árbol de cerezo cuando se iban a la batalla. Esto estaba relacionado con el alma de un guerrero, con sus deseos de morir en un momento de esplendor. Idealmente en combate. Tal como las flores del cerezo, que caen antes de marchitarse, su valor quedaba comprobado con una muerte prematura.

La leyenda también contaba que esas flores eran únicamente de color blanco. Se supone que recién adquirieron su tonalidad rosada con la sangre que derramaron los samuráis y sus esposas, quienes solían quitarse la vida para acompañarlos.

Eso es lo que más me gusta de este país, esa mezcla entre dulzura y violencia: las flores saben que renacerán durante la próxima primavera y por eso se dejan caer.

Y acá voy, descansando en un coche, muchísimos años después de que sucedieran esas historias. Estamos en plena primavera, por lo que abundan aquellos tonos pastel tan típicos de los cuentos orientales. Al fondo me saluda el solemne monte Fuji. Las flores también me desean suerte.

Después de algunas horas en completo silencio, el chofer me indica que ya estamos cerca de Aokigahara. Casi puedo palpar el vínculo con la mitología. Varios poemas aseguran que este bosque está maldito. Ya veremos.

Antes de viajar me reuní con mi jefe en su oficina. Yo sabía que aquella despedida sería una conversación des-

agradable, con algún consejo o reproche gratuito para establecer su autoridad. Y claro, de inmediato me hizo saber que los viáticos serían mucho menores de lo que esperaba. No quise discutir, por lo cual simplemente tomé mi abrigo y lo dejé hablando solo.

Por otra parte, mi esposa se veía inquieta, a cada instante me recordaba que debía obedecer las instrucciones del guía. Mientras yo entornaba los ojos, ella pronunció algunas palabras de aliento: «De verdad espero que encuentres eso que tanto anhelas al otro lado del mundo». Sus manos apretaban las mías, como si lo supiera.

Supongo que así funciona la ignorancia, abocándose a la provocación o el miedo. Y ahí se queda.

—Azusa Hayano —me dice repentinamente el conductor sin despegar los ojos del camino.

—¿Qué? —le pregunto en mi japonés de tres patas, con un claro acento extranjero.

—Así se llama su guía. Es un geólogo querido y respetado, de seguro le caerá bien.

Se lo agradezco y volvemos a nuestra relación de silencio.

Siempre que viajo a otros países me transformo en un animal callado, quizás porque prefiero ser respetuoso y empaparme de las tradiciones ajenas. A pesar de las enseñanzas de mi madre —que en paz descansa—, yo no me considero parte de esta cultura. La veo muy lejana de mí.

Qué puedo decir. Soy un sujeto enormemente terco. Por eso me dediqué al periodismo, a pesar de que siempre preferí dibujar.

De pronto la ruta se vuelve enrevesada. Abundan las curvas y aparece una pendiente, aunque el chofer no se inmuta en su asiento. Parece saber que cuando un vehículo se encuentra en una curva pronunciada no es aconsejable frenar, lo mejor es ir acelerando progresivamente hasta el final.

Mis pensamientos desfilan todos hacia el pecho. En algunos casos, solo queda dejarse llevar.

Eventualmente llegamos a nuestro destino.

—Si gusta puede volver al hotel —le indico al chofer apenas estaciona frente al bosque—. Todavía no tengo claro cuánto tiempo me tomará esto.

—No, yo lo espero hasta que termine su reportaje — responde el hombre con una seriedad absoluta, despidiéndose mientras gira la llave y apaga el motor—. La paciencia también forma parte de mi oficio.

Un sonido tenebroso me recibe apenas abro la puerta del coche. Podría jurar que escucho la palabra *kanjiru*, aunque no me atrevo a anotarlo. Intentaré ser lo más objetivo posible.

—Buenos días, me puede llamar Hayano —se presenta el guía, con la misma educación y distancia del chofer—. Caminemos.

Su saludo suena más como una advertencia, aunque no digo nada al respecto, pues necesito simpatizarle a este tipo para que me muestre todos los secretos de Aokigahara.

El hombre está entrado en años, lo delatan sus gruesos anteojos y dos líneas canosas sobre las sienas. También es bastante delgado y pequeño. Lleva guantes blancos, una mochila en la espalda y unos binoculares que van colgados en el cuello, además de una vestimenta casual, austera.

«Me puede llamar Hayano». Recién comprendo lo que quiso decir con ese saludo. Casi olvido que los japoneses se llaman por el apellido. El nombre familiar precede al propio, dado que en otros tiempos todos los habitantes eran considerados propiedad del emperador, y su apellido solo reflejaba el trabajo que hacían. Y como los nipones tienen una personalidad reservada, nada más emplean el nombre propio con parientes y personas de absoluta confianza.

Para ellos es una cosa de respeto.

Entonces Azusa Hayano me proporciona un cordel rojo de doble gancho, indicándome que debo atarlo a mi cintura.

—¿Para qué sirve esto? —le pregunto de forma instintiva.

—Para no extraviarnos, más adelante nos engancharemos a un carril de seguridad.

Según Hayano, el cordel representa mi boleto a casa.

Justo en la entrada, me quedo viendo un gigantesco espino cubierto de flores blancas. Por algún motivo hundo mis brazos en su frondosidad, pero de pronto siento que algo me quema. Al sacar las extremidades descubro, como si fuera un niño, que mis antebrazos están sangrando y que las flores gotean.

El guía me ofrece un pañuelo para que limpie mis heridas.

—Debo parecer un tonto —le confieso a Hayano.

—Considérelo como una bienvenida —me responde con ojos amables, indicándome el camino a seguir—. Recuerde que los primeros pasos son los que más cuestan.

II

Primeros pasos

*«Tu vida es valiosa y te ha sido otorgada por tus padres.
Por favor, piensa en ellos, en tus hermanos y en tus hijos.
No atraveses este lugar solo.»*

La entrada de Aokigahara está llena de carteles que pretenden ayudar a los potenciales suicidas. Además de eso, los formidables árboles que rodean el bosque están atados con sogas, ya que los lugareños creen que así ahuyentan a los demonios. En verdad es tan fuerte su creencia en las deidades, que cada *kodama* —o espíritu encerrado en un árbol— se amarró con extremo cuidado.

Los japoneses prefieren honrar a los árboles antes que hacerlos enojar. Se dice que cualquier objeto que cumpla cien años adquiere consciencia y vida propia. De cualquier forma, el eco del bosque me lleva a creer que se escuchan susurros a lo lejos.

Entonces nos encontramos con el carril de seguridad del que hablaba Hayano, que en realidad se trata de un camino labrado en piedra con dos pasamanos en los que calzan nuestros ganchos. El guía se engarza en el lado derecho y yo hago lo mismo en el izquierdo, imitando lo que hace. La cuerda que tengo atada a mi cuerpo me hace sentir confinado. Otros dirían protegido.

—Se le nota incómodo — comenta Hayano.

—Me parece excesiva la seguridad de este sitio — respondo mosqueado.

—Todavía no ha visto lo que hay en el bosque —dice el guía sin perder la tranquilidad.

—Usted solo me quiere asustar.

—Ojalá ese fuera el caso, señor.

—¿Y qué hay con esos carteles? —pregunto.

—Las personas llegan solas, pero no mueren solas.

Puede parecer una idiotez, pero entiendo a lo que se refiere. De hecho, le doy mil vueltas a esa última frase, aplicándola a mi propia existencia.

Las personas no mueren solas...

—¿Cuál es su opinión al respecto? —le pregunto a Hayano.

Él reflexiona un minuto, metiéndose un chicle de menta a la boca. Luego me ofrece uno, pero yo lo rechazo respetuosamente.

—Los que se quitan la vida están encerrados en sí mismos —dice al fin, masticando y haciendo un ligero ruido con la mandíbula—, y muy pocas veces dimensionan el alcance de sus acciones.

—¿Por qué? —Recién saco un bolígrafo para apuntar sus respuestas.

—Para los suicidas todo se trata de erradicar el dolor, ¿sabe?

—Ya veo. —Guardo el bolígrafo, entendiendo que por ahora no me dará lo que necesito.

Hayano hace un globo y luego lo revienta, sonriendo.

Tras echar una ojeada a mi alrededor, me encuentro con un grupo de turistas, además de otras figuras con un rostro apagado y cabizbajo. De esta forma, puedo distinguir a los extranjeros con relativa facilidad, puesto que ellos toman fotografías antes de entrar y parecen emocionados, mientras que al salir se les nota pálidos y serios. A su vez, los japoneses los observan con recelo, pero sin reaccionar más allá de la curiosidad que les provocan sus ruidosas presencias.

También veo pasar a una niña muy pequeña que dibuja una casa roja en un cuadernillo. En seguida la pierdo